

MARC CAMPS

Entrevista: Frederic Nadal

Fotos: Emili Galo

Marc Camps, pintor de Caserras, llega por primera vez a Granollers, de la mano de un grupo de amigos que lo ofrecen a los aficionados de la comarca para que puedan conocer su obra pictórica. Pintor autodidacta, ese Marc, como mayormente se le conoce en los círculos artísticos. Nacido en Caserras, donde actualmente tiene su estudio, que lo comparte con otro en la parte vieja de Barcelona. A los cuarenta años, con veintidos de experiencia pintando, aún sigue, según palabras propias, sin hallar una plena satisfacción en el movimiento de la espátula y los pinceles.

Hijo de un funcionario del Ayuntamiento, muy apreciado el padre en su Caserras originario, el Marc pintor, antes de dedicarse a embadurnar telas, tuvo una granja de conejos, trabajó en una fábrica de mecánico («manyà»), vendió ropa en los mercados, trabajó en unos laboratorios y también jugó al fútbol con el Puigreig, y dicen tenía dotes para llegar lejos en eso del fútbol, pero un buen día se sentó en el verde césped y exclamó un «prou», ello era poco antes del servicio militar.

—Dedicarme a la pintura plenamente, sólo lo hago desde que concluí el S. M.. Todo comenzó viendo unos cuadros, pensé que yo también podría hacerlo y así sigo, desde los dieciocho años. Me gusta la pintura, pero no me llena de una forma absoluta, soy autodidacta, aunque en mis comienzos influiría sobre mi la personalidad de Ramón Trullis, buen amigo mío y maestro al fin y al cabo en los primeros tiempos.

Me gustan Picasso, de la

época azul y rosa, Ramón Trullis, Van Gogh, Cezanne, Gauguin, Manet, el impresionista francés. De los españoles, además de los citados, añadiría a Mir, Nonell, de hecho hay bastantes. No me gusta la luminosidad mediterránea.

Sus tonos en las telas son oscuros, tristes, decididamente no son cielos mediterráneos. Pinta de noche, una vez tomados los apuntes, ora en un campo de trigo o sobre la sucia nieve de la villa, comienza su largo, larguísimo trabajo en la tela. En el silencio de la noche, que concluye con los primeros rayos del sol, para seguir en su jornada nocturna a la medianoche siguiente.

—No sé lo que significa para mí la pintura, me gusta, y ya está, pienso que la pintura ha de decir algo, expresar algo, si no no sirve. Sí, efectivamente, en mis lienzos hay mucho de Caserras, me gusta, es donde vivo, la amo mucho, en consecuencia Caserras dentro del lienzo me dice mucho, sus calles, sus gentes, sus nieves, sus casas...

Si en alguno de mis cuadros pinto Port de la Selva, es porque cada verano vivo allá. Me es imprescindible unos meses del año librarme de todo, ahí pinto poco, la inspiración de sus aguas claras y en ocasiones plácidas no me atraen para reflejarla en la tela. Sólo persigo con mis estancias en el Port, el librarme de la angustia corrosiva que creo nos rodea por doquier. Sin embargo, esta liberación ni mucho menos es absoluta.

Me satisface más el mantener una «tasca», como la de ahora, que embadurnar telas, hablar de cosas, el que me

cuentas tu vida, las de las gentes de Granollers, el intercambiar opiniones, esto es realmente mi plena satisfacción por el momento. Cualquier tipo de gente. En los suburbios sobre todo, es donde hay más riqueza de personajes. Las prostitutas del barrio chino, de Barcelona, me gusta charlar con ellas, siempre dicen verdades, en realidad suelen mucho...

Marc, es persona creo introvertida, excesivamente sensible, lacónica incluso. Incapaz de dañar a nadie. Su inocencia concienzuda irradia de su rostro plácido y tranquilo. Gusta de la soledad compartida, con gentes aparentemente grises para el resto de los humanos, ello se refleja en su obra, calles sombrías, gentes enjutas, grises, tristes en los primeros planos...

—La gente por lo general no está alegre, no puede estarlo, yo no lo estoy cuanto menos, me acuerdo que durante una temporada en la que acudía asiduamente al «Campo de la bota», conocí allí a un hombre, «el Manolu», tenía tres hijos y mujer, no trabajaba, alguna vez yo le daba dinero, veinte duros, se lo gastaba en vino, yo lo sabía, pero no me importaba; una vez su mujer me pidió que no le diera más dinero, pues se emborrachaba y luego la pegaba. A pesar de todo, eran felices, ahora hace tiempo que no sé de ellos. Me amaban mucho... También hay «putas» de la calle Robadors, que me quieren mucho, y yo a ellas. Largas jornadas al anochecer, paso allí, en la barra del bar, hablando y hablando, han sufrido mucho. Ya sé que alguna vez me sueltan historias fantasmales, pero yo las escucho. Me gusta escucharlas, me gustan sus rostros ojerosos, sus

